



Solanas:

de «Ernestico»

zongó ella.
 truir ¿qué? - apareció la mamá en
 stico" - dijo uno de los chicos.
 ya para él, porque está creciendo
 lezaba mostrando todos los dien-
 ngua que salía haciendo un arco
 peico y las narices.
 un patito más aniplo para que él
 é se yo - Dijo la mamá todavía
 ta y con una evidente aflicción en
 rozándole la pierna al pasar. - ¿Y si
 n pena.
 suró a gritar uno de los chicos
 ¡No podría irse verdad?, exclamó
 fe, casi con angustia.
 el tardando más de lo necesario
 gina del periódico. Luego como si
 sin dejar de leer, dijo que esa no
 pequeño puma.
 pumita miraba las paredes del
 oviendo los bigotes y la cola, como
 do una investigación. Más allá se
 pas de los pinos enormes en la
 del mismo zoológico. Tal vez por
 culos oliendo el aire sin detenerse
 o de los bigotes y la cola. Después
 sión en aquel recinto no estaría
 alle, un par de avenidas; y ya! Si,
 avenida, antes tan romántica con
 un día el Embajador de ese país
 para ampliarla y asfaltarla pero
 lio. Era cuestión de ganar esa
 plaza y los pinos.
 n. "Ernestico" vio la pared en toda
 distancia. Corrió y dio un salto de
 bre el techo de su pequeña casa y
 Sus patas delanteras se aferraron
 aseras rasgaron la superficie algo
 mpulso para equilibrarse en lo alto.
 una avidez desconocida, parecía
 fo los pulmones. Miró la calle vacía
 la reciente campaña de forestación.
 ulaban vehículos por la avenida. La
 paseo estaba en un hilo, ¿por qué
 segunda sensación y corrió por
 cómo lo había logrado, pero ya
 aza deshabitada. Experimentó una
 eida para él hasta ese instante; era
 ía feliz saltando de rama en rama.
 costándose entre el follaje de un
 contempló la vida del apacible
 vehículos que circulaban por la
 e con la plaza. Miró a la gente que
 pasaba por el lugar. Nadie le veía a
 fe las ramas y se solazó con el

magnífico panorama. La planicie que se perdía hacia el lago Uru-Uru, era Papel Pampa, y casi a sus espaldas, al norte, a continuación de la plaza, estaba el zoológico y el olor de los pinos. Al fondo, donde parecía terminar la arboleda, se veía el cerro como un gigantesco peñasco con manchas de musgos y líquenes, como el acantilado de un antiguo mar, de ese cerro de roca viva, venía el gorjeo de cientos de pájaros. Era como para treparlo, subir y subir tras de esos gorjeos. Una mujer parecida a Berta en la vestimenta, con esa pollerita sobre las rodillas, pasó por el lugar. Estuvo a punto de irse con ella, pero desistió. Volvió a tenderse sobre la rama. El sol caía en línea recta sobre su lomo haciendo que el pelaje brillara de negro. Sacudió la cabeza, no porque le molestarán los mosquitos, que de hecho no los hay, sino porque, bueno, ¿quién podría decir el ¿por qué? Sólo movía la cabeza, y cuando lo hacía, de pronto llegó una muchacha corriendo y sus ojos se encontraron. Los de él, como la de un regalón a la espera de una caricia. Los de ella, de sorpresa y de temor después. Ella que se había detenido en seco, retrocedió.

¿Para no creerlo! ¿Qué es un gato? ¿Qué es un león? ¡No! ¡Un gato, pero así de grande! Asustada todavía decía extendiendo los brazos. ¿Un gato así de grande? ¡Sí! ¡Así de grande! ¡Increíble!

La casa de "Ernestico" estaba en su lugar. Berta ingresó al comedor reprochándose por su descuido, había olvidado encender una velita al Señor de Lagunas. En el televisor se mostraba el inicio de obras de alcantarillado en una zona de la ciudad. Las imágenes se interrumpieron y se pasaba a explicar cómo la mancha negra que venía lentamente por el Desaguadero, era petróleo desparramado por un oleoducto.

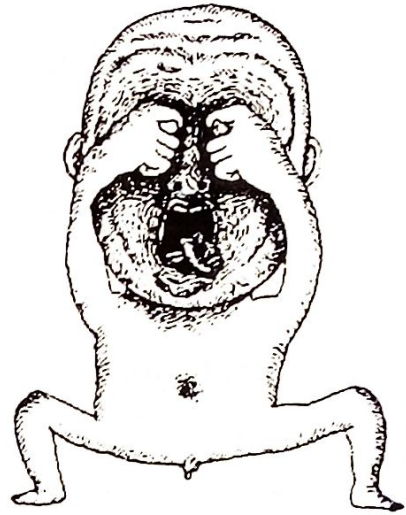
- ¿Señora? - preguntó sin tomar atención a las voces del televisor y a las imágenes del desastre.

- ¿Señora? - volvió a preguntar. Nadie respondió.

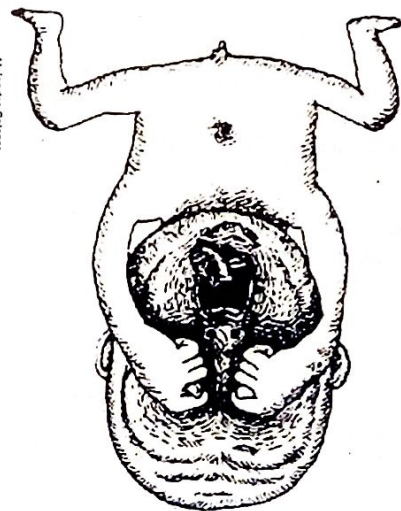
Había escuchado el motor de la camioneta y era probable que todos estarían en un corto paseo como se les ocurrió. Por eso mismo pensó que ya estarían de regreso. Se encaminó a la cocina cogiendo al pasar la bolsa de comestibles. Cuando hacía esto, escuchó un leve ruido debajo de la mesa. Se volvió, pero luego siguió su camino imaginando que era "Ernestico" el que estaba arrellanándose.

Del cerro venía el gorjeo multiplicado de los pájaros. Una brisa soplaba el olor de los pinos. Otros habitantes tomaron posesión de la plaza. "Ernestico" entre el follaje del sauce. Luego la secreta confabulación sin más ni más.

"Si sólo era una animal" ¿Y quién podría arriesgarse al peligro? "Mire usted, ¿qué haría si se da de narices con un puma, ¿ja? ¿Qué haría? ¿Se lo llevaría a casa? ¿Verdad que no?. Las opiniones divididas. Allí, entre el panorama de piernas. "Ernestico" con el último recuerdo; el de la muchacha, y esa mirada de pavor.



Alejandro Sainza



Alejandro Sainza